

alguna madrugada incalificable despertaremos y habremos soñado en holandés. Por eso, tantos exiliados aún se empecinan, como un suicidio que tarda décadas, en no pronunciar una sola palabra del país en que empiezan a nacer sus hijos.

Así que recién cuando me despido de un lugar puedo darme el lujo, algo secreto y lleno de sombras dentro de mi garganta puede darse el lujo, de permitir a esta-boca-es-mía, a esta boca que a duras penas sigue siendo mía, que articule algo en el idioma de la tierra en que ya no resido, la tierra extranjera en que ya no tendremos la tentación aterradora de quedarnos para siempre.

## DISPARATARIO

CARLOS ILLESCAS

### ACTAS DE LA SOCIEDAD AMIGOS DE LO BELLO: PAUL LOUIS COURIER DE MERE (1772-1825)

Es probable que Don Niceto Federico Colmenares haya redactado su *Salutación a Paul Louis Courier de Mere* hacia 1960 y no a principios de 1962. De lo que si estamos seguros es de la lectura que el ilustre académico hizo de la misma a dos meses de su muerte, en el salón de sesiones de la benemérita sociedad, el 24 de diciembre del año citado en último término. En dicha ocasión hubo muchos invitados distinguidos, representantes de países de ultramar, con los que nuestro país mantiene cordiales relaciones.

La salutación, como no dejará de notar la perspicacia del lector, es

una versión taquigráfica apenas retocada por nosotros aquí y allá.

Sin tratar de ser impertinentes aclaramos que nosotros, empeñados en la tarea de reproducir las actas de la honorable sociedad a la que tenemos el orgullo de pertenecer, sobre todo las que obtuvieron la mayor atención del público, hemos pensado que sobre la publicación del homenaje a Courier no hay motivo para que permanezca inédita más tiempo, así se haga necesario, después, cualquier corrección, enmendatura u observación que estime oportuno realizar la señorita Flora Colmenares, hija de Don Niceto Federico, su heredera y también su única superviviente.

*Acta número 32 (treinta y dos). Folio 544 y siguientes.*

La versión española de la novela pastoral de Longo, *Dafnis y Cloe*, es de Juan Valera, y la traducción francesa más antigua de Jacobo Amyot. La reimpresión de *Dafnis y Cloe* la hizo en 1810 el helenista Paul Louis Courier de Mere, después de completar el pasaje omitido en el capítulo I de la edición de Felipe Junta, impresa en París el año de 1598.

Agotadas las posibilidades del preámbulo, vayamos al personaje:

En Courier la vocación se impuso a los impedimentos aciagos. Las letras lo distrajeran de la carrera militar que, como consta sobre todo a los paisanos, absorbe el optimismo del hombre más satisfecho de sí mismo. Courier, un poco a destiempo, supo elegir el campo de Agramante que más convenía a su naturaleza dada a los diablos. El no concebía el buen carácter: la intransigencia, a la altura de la bilis, abrió la brecha a su cesada envidiable. Recordémoslo.

El día 4 de enero de 1772 nació en Veretz, Indre et Loire. De origen noble, su educación imprimió el sello de lo óptimo, extremo que si alguna deficiencia llegara a producir no sería otra que el esmero.



Jean Cocteau por él mismo

Quién sabe cómo pasaría su vida de cadete en la Escuela de Artillería de Chalons, sólo nos consta que la literatura tiraba de él con la fuerza del cuerpo inverosímilmente voluminoso que arrastra otro verosímilmente ligero.

En 1793 se gradúa de subteniente y es enviado a Thionville; pero ha empezado a estudiar el griego. Estando en Maguncia le llegan noticias de que su padre se encuentra gravemente enfermo. Con el fin de asistir al anciano solicita sin éxito una licencia. Fracasadas las instancias tiene que desertar y dirigirse a prisa a la casa solariega de la familia, en Vertz.

Muchas y buenas influencias se mueven para preservarlo del castigo; que los jefes disciernen ha merecido el subteniente Courier de Mere. En 1797, en oportunidad de que su regimiento se hallaba en Roma, dejó un día de incorporarse a filas. No falta quien refiera (¿Carrel, Rovigue, acaso el mismo Furia?) que se distrajo en una biblioteca leyendo un raro ejemplar de Laercio.

A los treinta años intuye la satisfacción al ver publicado en el *Magazin encyclopédique* su trabajo referente a la Atenas de Schwerghanyer; el ensayo prendió el entusiasmo de los enterados.

Pocos meses después los expertos saludaron el estilo, imitación de los diálogos platónicos, con que Courier había redactado su *Eloge a Helene*. Así se iniciaba su carrera literaria.

Al tener noticias de la expedición napoleónica a Egipto criticó con energía al emperador, quien probablemente ignoraba que el teniente estaba a un paso de dar fin a la redacción del ensayo histórico *Jugurtha*, imitación de Salustio.

Por fin dejan de bastarle las referencias escritas e iconográficas de la Magna Grecia. Desea conocerla y empezar allí lo que sabe de arqueología; cree atinar pidiendo formar parte de la expedición a Calabria, de donde, si bien le iba, partiría a la tierra prometida.

Poco conocedor de la realidad olvidó que los tiempos eran de guerra así que mucho le sorprendería verse en calidad de actor de la batalla de Murano y no investigando en Grecia lo que la afición le pedía.

Su general, cruel pero no menos realista, deseó enseñarle que la guerra no tiene nada en común con la literatura aun cuando para muchos son gemelas. Lo comisionó para que recogiera la artillería abandonada por las tropas francesas en Tarento. Courier no pudo cumplir la misión y el fracaso lo llevó a dejar en manos de los ingleses muchas piezas de artillería.

En cuestión de segundos el rey Jo-

sé pensó que más vale un cañón en mano que mil oficiales helenistas volando y por ello dispuso ajusticiar al escritor en Corigliano, donde se encontraba prisionero. Los padrinos suplicaron y él, otra vez, conoció la alegría de por lo menos seguir viviendo.

Posteriormente el brigadier Didon, destacado con un cuerpo de ejército en Poggia, fue el único que no rió con la sátira que había escrito a su costa Paul Louis, a quien se trasladó para evitarle dificultades a otro punto donde tradujo a Jenofonte en la biblioteca del Marqués Tocconi, al mismo tiempo que preparaba una *Collection des romans grecs*.

Ahora sí se tomaba Courier en serio. No se daba reposo trasladando a Herodoto al francés antiguo y publicando el trabajo *Du commandement de la cavalerie et de l'équitation*, libro sobre el cual debemos convenir que, dadas las calidades militares del traductor, resultaría ideal para perder todas las batallas del mundo.

Revelemos al paso otra inadvertencia del helenista. Recibe la misión urgente de marchar a Verona. En el viaje se detiene en Roma y Portici y llega tarde a su destino. Es arrestado. No hay para qué decir que sale con bien de la nueva amenaza. Mascullando el italiano recorre Livorno y Milán; Roma, ciudad de sus preferencias, le merece una nueva visita.

Pasan los meses y lo hallamos en Lobau, días antes de la batalla de Wagram. No sabemos cómo resulta herido. La sangre, más la propia que la ajena, empieza a producirle melancolía. Acogido a los cuidados de un hospital cavila en sus cosas y termina por perder la afición que le quedaba por las armas. En cuanto deja el hospital se traslada a Francia con el precario grado de jefe de escuadrón.

En 1810 se instala en Florencia. Ha avanzado mucho en el estudio de la filología. En la biblioteca Laurenziana descubre un manuscrito que completa el *Dafnis y Cloe* de las pastorales de Longo, traducidas en 1589 por el lismosnero del rey Enrique III e inspirador de la San Bartolomé, Jacques Santiago Amyot. Termina el pasaje que se había omitido en el capítulo I y lanza la reimpresión, que repercute en el mundo literario de la época.

En cuanto el tomo empieza a circular, Francisco Furia —como su apellido permite sugerirlo— arremete contra él, acusándolo de haber borrado intencionalmente el pasaje descubierto. Courier se enoja mucho y profiere insultos contra Furia,

entre los que el de ser un mentiroso no es el más benigno. Al demostrar Furia que el borrón no es del mejor sino del peor escribano, las autoridades civiles están a un paso de librar orden de aprehensión contra el autor de la superchería.

El dato es acucioso. Paul Louis no desmerece a los ojos de sus parciales pese al escándalo. Todos lo siguen reputando como uno de los mejores helenistas de su tiempo

Zanjadas las dificultades se presenta el año de 1812, en que Napoleón disminuye; a la vista de los desastres militares del Imperio, Courier termina de abrir los ojos y abandona para siempre la carrera de las armas. Supera los impedimentos sucesivos y sale de nuevo con el libro *Conversation chez la comtesse d'Albany* cuyo mérito estriba en no ponderar el sensacionalismo; no ocurre igual con *Lettres a MM. de l'Academie des inscriptions et belles lettres* en que sí aprovecha cualquier coyuntura para burlarse de los académicos, y todo porque ellos no lo eligieron sucesor del sabio Clavier, suegro suyo, recientemente fallecido. La amargura no le impide terminar la traducción de *El asno de oro*, de Lutius de Patras (1818).

En 1821 promueve gran alboroto con *Simple discours a l'occasion d'une souscription pour l'acquisition de Chambard*. El golpe salpica vinagre rencoroso a académicos y autoridades estatales, que toman a pechos las ofensas y condenan a Courier a pagar una multa y a pasar dos meses en la cárcel de *Ste. Pélagie*. El retiro en la prisión estimula su trabajo; allí emprende otras diatribas tanto o más despiadadas que aquella.

Vuelve a ser perseguido porque ha pedido que se deje bailar a los pescadores. El contexto del trabajo miente la inocencia que lo viste porque en el reverso está el veneno que llega a estragar a la justicia. Luego atropella con escritos como *Un viux soldat a l'armée y Réponse aux anonimes*, que circula sin firma.

Cuántas noches no pensaría, presa del insomnio, que el número de opositores cosechados era corto para satisfacer a un hombre dado a lo desmedido como él. ¿Alcanzaría a calcular que su pluma debilitada por el uso se había mellado? No. A él sólo le ocurría lo que a un ávaro de la enemistad. Ni mil —número suficiente para cualquier Harpagón de la misantropía— ni cinco mil le bastaban; él deseaba atesorar un millón de enemigos. Courier se desvivía porque no vivía al no tener a todos los hombres del mundo en su contra.

Y así lo hallamos en 1824, convertido en antecedente, por contradicción, del gran *yankee-clipper* autor

del cheque a la vista titulado *Cómo ganar amigos*.

Finalizaba el año de 1824 y ha entregado a la imprenta el ensayo *Avertissement du libraire*; después la palpable (podría ser el adjetivo correcto) desazón bibliográfica titulada *Pamphlet des pamphlets*

Solamente vive un año más.

El día 10 de abril de 1825 aparece muerto en el bosque de Larcy. Las pistas del criminal son tantas como sospechosos pululan en el caso.

Poco tiempo después se descubre que el asesino es un guardia con quien Courier había sostenido una discusión terrible cuyo final fue la puñalada arterial. Sin perdonarlo, Francia ignora la persona del guardia y dirige los ojos irritados a los enemigos políticos de Courier, en quien reconoce ahora altas virtudes cívicas y un estilo literario ejemplar.

Al año siguiente se publican *La gazete du village* y la primera edición completa de los panfletos y opúsculos del impecable rijoso.

## TEATRO

POR  
GUILLERMO SHERIDAN

### RARAS PIEZAS FREUDIANAS

"Antonieta Rivas Mercado había encabezado, hasta unos meses antes, las actividades de un grupo de intelectuales que introducían en México, a través de una selecta minoría de snobs, a Proust, a Joyce, a Gide y a Cocteau. En un pequeño teatro representaban raras piezas freudianas que la prensa filtraba difícilmente..." narra Mauricio Magdaleno en sus memorias, *Las palabras perdidas* (1956). Las actividades eran el estudio, el montaje, la dirección, la escenografía de ciertas piezas teatrales que escandalizaban a la prensa de la época (1928), a veces al público y casi siempre a personas como Magdaleno, actores de esa compulsión que